

MATILDA

ROAL DAHL

LA LECTORA DE LIBROS

Ocurre una cosa graciosa con las madres y los padres. Aunque su hijo sea el ser más repugnante que uno pueda imaginarse, creen que es maravilloso.

Algunos padres van aún más lejos. Su adoración llega a cegarlos y están convencidos de que su vástago tiene cualidades de genio.

Bueno, no hay nada malo en ello. La gente es así. Sólo cuando los padres empiezan a hablarnos de las maravillas de su descendencia es cuando gritamos: «¡Tráiganme una palangana! ¡Voy a vomitar!».

Los maestros lo pasan muy mal teniendo que escuchar estas tonterías de padres orgullosos, pero normalmente se desquitan cuando llega la hora de las notas finales de curso. Si yo fuera maestro, imaginaría comentarios genuinos para hijos de padres imbéciles. «Su hijo Maximilian —escribiría— es un auténtico desastre. Espero que tengan ustedes algún negocio familiar al que puedan orientarle cuando termine la escuela, porque es seguro, como hay infierno, que no encontrará trabajo en ningún sitio».

O si me sintiera inspirado ese día, podría escribir: «Los saltamontes, curiosamente, tienen los órganos auditivos a ambos lados del abdomen. Su hija Vanessa, a juzgar por lo que ha aprendido este curso, no tiene órganos auditivos».

Podría, incluso, hurgar más profundamente en la historia natural y decir: «La cigarra pasa seis años bajo tierra como larva y, como mucho, seis días como animal libre a la luz del sol y al aire. Su hijo Wilfred ha pasado seis años como larva en esta escuela y aún estamos esperando que salga de la crisálida». Una niña especialmente odiosa podría incitarme a decir: «Fiona tiene la misma belleza glacial que un iceberg, pero al contrario de lo que sucede con éste, no tiene nada bajo la superficie». Estoy seguro de que disfrutaría escribiendo los informes de fin de curso de las sabandijas de mi clase. Pero ya está bien de esto. Tenemos que seguir.

A veces se topa uno con padres que se comportan del modo opuesto. Padres que no demuestran el menor interés por sus hijos y que, naturalmente, son mucho peores que los que sienten un cariño delirante. El señor y la señora Wormwood eran de éstos. Tenían un hijo llamado Michael y una hija llamada Matilda, a la que los padres consideraban poco más que como una postilla. Una postilla es algo que uno tiene que soportar hasta que llega el momento de arrancársela de un papirotazo y lanzarla lejos. El señor y la señora Wormwood esperaban con ansiedad el momento de quitarse de encima a su hijita y lanzarla lejos, preferentemente al pueblo próximo o, incluso, más lejos aún.

Ya es malo que haya padres que traten a los niños normales como postillas y juanetes, pero es mucho peor cuando el niño en cuestión es extraordinario, y con esto me refiero a cuando es sensible y brillante. Matilda era ambas cosas, pero, sobre todo, brillante. Tenía una mente tan aguda y aprendía con tanta rapidez, que su talento hubiera resultado claro para padres medianamente inteligentes. Pero el señor y la señora Wormwood eran tan lerdos y estaban tan ensimismados en sus egoístas ideas que no eran capaces de apreciar nada fuera de lo común en sus hijos. Para ser sincero, dudo que hubieran notado algo raro si su hija llegaba a casa con una pierna rota.

Michael, el hermano de Matilda, era un niño de lo más normal, pero la hermana, como ya he dicho, llamaba la atención. Cuando tenía un año y medio hablaba perfectamente y su vocabulario era igual al de la mayor parte de los adultos. Los padres, en lugar de alabarla, la llamaban parlanchina y le reñían severamente, diciéndole que las niñas pequeñas debían ser vistas pero no oídas.

Al cumplir los tres años, Matilda ya había aprendido a leer sola, valiéndose de los periódicos y revistas que había en su casa. A los cuatro, leía de corrido y empezó, de forma natural, a desear tener libros. El único libro que había en aquel ilustrado hogar era uno titulado Cocina fácil, que pertenecía a su madre. Una vez que lo hubo leído de cabo a rabo y se aprendió de memoria todas las recetas, decidió que quería algo más interesante.

—Papá —dijo—, ¿no podrías comprarme algún libro?

—¿Un libro? —preguntó él—. ¿Para qué quieres un maldito libro?

—Para leer, papá.

—¿Qué demonios tiene de malo la televisión? ¡Hemos comprado un precioso televisor de doce pulgadas y ahora vienes pidiendo un libro! Te estás echando a perder, hija...

Entre semana, Matilda se quedaba en casa sola casi todas las tardes. Su hermano, cinco años mayor que ella, iba a la escuela. Su padre iba a trabajar y su madre se marchaba a jugar al bingo a un pueblo situado a ocho millas de allí. La señora Wormwood era una viciosa del bingo y jugaba cinco tardes a la semana. La tarde del día en que su padre se negó a comprarle un libro, Matilda salió sola y se dirigió a la biblioteca pública del pueblo. Al llegar, se presentó a la bibliotecaria, la señora Phelps. Le preguntó si podía sentarse un rato y leer un libro. La señora Phelps, algo sorprendida por la llegada de una niña tan pequeña sin que la acompañara ninguna persona mayor, le dio la bienvenida.

—¿Dónde están los libros infantiles, por favor? —preguntó Matilda.

—Están allí, en las baldas más bajas —dijo la señora Phelps—. ¿Quieres

que te ayude a buscar uno bonito con muchos dibujos?

—No, gracias —dijo Matilda—. Creo que podré arreglármelas sola.

A partir de entonces, todas las tardes, en cuanto su madre se iba al bingo, Matilda se dirigía a la biblioteca. El trayecto le llevaba sólo diez minutos y le quedaban dos hermosas horas, sentada tranquilamente en un rincón acogedor, devorando libro tras libro. Cuando hubo leído todos los libros infantiles que había allí, comenzó a buscar alguna otra cosa.

La señora Phelps, que la había observado fascinada durante las dos últimas semanas, se levantó de su mesa y se acercó a ella.

—¿Puedo ayudarte, Matilda? —preguntó.

—No sé qué leer ahora —dijo Matilda—. Ya he leído todos los libros para niños.

—Querrás decir que has contemplado los dibujos, ¿no?

—Sí, pero también los he leído.

La señora Phelps bajó la vista hacia Matilda desde su altura y Matilda le devolvió la mirada.

—Algunos me han parecido muy malos —dijo Matilda—, pero otros eran bonitos. El que más me ha gustado ha sido El jardín secreto. Es un libro lleno de misterio. El misterio de la habitación tras la puerta cerrada y el misterio del jardín tras el alto muro.

La señora Phelps estaba estupefacta.

—¿Cuántos años tienes exactamente, Matilda? —le preguntó.

—Cuatro años y tres meses.

La señora Phelps se sintió más estupefacta que nunca, pero tuvo la habilidad de no demostrarlo.

—¿Qué clase de libro te gustaría leer ahora? —preguntó.

—Me gustaría uno bueno de verdad, de los que leen las personas mayores. Uno famoso. No sé ningún título.

La señora Phelps ojeó las baldas, tomándose su tiempo. No sabía muy bien qué escoger. ¿Cómo iba a escoger un libro famoso para adultos para una niña de cuatro años? Su primera idea fue darle alguna novela de amor de las que suelen leer las chicas de quince años, pero, por alguna razón, pasó de largo por aquella estantería.

—Prueba con éste —dijo finalmente—. Es muy famoso y muy bueno. Si te resulta muy largo, dímelo y buscaré algo más corto y un poco menos

complicado.

—Grandes esperanzas —leyó Matilda—. Por Charles Dickens. Me gustaría probar.

—Debo de estar loca —se dijo a sí misma la señora Phelps, pero a Matilda le comentó—. Claro que puedes probar.

Durante las tardes que siguieron, la señora Phelps apenas quitó ojo a la niña sentada hora tras hora en el gran sillón del fondo de la sala, con el libro en el regazo. Tenía que colocarlo así porque era demasiado pesado para sujetarlo con las manos, lo que significaba que debía sentarse inclinada hacia delante para poder leer. Resultaba insólito ver aquella chiquilla de pelo oscuro, con los pies colgando, sin llegar al suelo, totalmente absorta en las maravillosas aventuras de Pip y la señorita Havishman y su casa llena de telarañas dentro del mágico hechizo que Dickens, el gran narrador, había sabido tejer con sus palabras. El único movimiento de la lectora era el de la mano cada vez que pasaba una página. La señora Phelps se apenaba cuando llegaba el momento de acercarse a ella y decirle: «Son las cinco menos diez, Matilda».

En el transcurso de la primera semana, la señora Phelps le preguntó:

—¿Viene tu madre todos los días para llevarte a casa?

—Mi madre va todas las tardes a Aylesbury a jugar al bingo —le respondió Matilda—. No sabe que vengo aquí.

—Pero eso no está bien —dijo la señora Phelps—. Creo que sería mejor que se lo contaras.

—Creo que no —contestó Matilda—. A ella no le gusta leer. Ni a mi padre.

—Pero ¿qué esperan que hagas todas las tardes en una casa vacía?

—Ir de un lado para otro y ver la tele.

—Ya.

—A ella no le importa nada lo que hago —dijo Matilda con un deje de tristeza.

A la señora Phelps le preocupaba la seguridad de la niña cuando transitaba por la concurrida calle Mayor del pueblo y cruzaba la carretera, pero decidió no intervenir.

Al cabo de una semana, Matilda terminó Grandes esperanzas que, en aquella edición, tenía cuatrocientas once páginas.

—Me ha encantado —le dijo a la señora Phelps—. ¿Ha escrito otros libros el señor Dickens?

—Muchos otros —respondió la asombrada señora Phelps—. ¿Quieres que te elija otro?

Durante los seis meses siguientes y, bajo la atenta y compasiva mirada de la señora Phelps, Matilda leyó los siguientes libros:

Nicolas Nickleby, de Charles Dickens.

Oliver Twist, de Charles Dickens.

Jane Eyre, de Charlotte Brontë.

Orgullo y prejuicio, de Jane Austin.

Teresa, la de Urbervilles, de Thomas Hardy.

Viaje a la Tierra, de Mary Webb.

Kim, de Rudyard Kipling.

El hombre invisible, de H. G. Wells.

El viejo y el mar, de Ernest Hemingway.

El ruido y la furia, de William Faulkner.

Alegres compañeros, de J. B. Priestley.

Las uvas de la ira, de John Steinbeck.

Brighton Rock, de Graham Greene.

Rebelión en la granja, de George Orwell.

Era una lista impresionante y, para entonces, la señora Phelps estaba maravillada y emocionada, pero probablemente hizo bien en no mostrar su entusiasmo. Cualquiera que hubiera sido testigo de los logros de aquella niña se hubiera sentido tentado de armar un escándalo y contarlo en el pueblo, pero no la señora Phelps. Se ocupaba sólo de sus asuntos y hacía tiempo que había descubierto que rara vez valía la pena preocuparse por los hijos de otras personas.

—El señor Hemingway dice algunas cosas que no comprendo —dijo Matilda—. Especialmente sobre hombres y mujeres. Pero, a pesar de eso, me ha encantado. La forma como cuenta las cosas hace que me sienta como si estuviera observando todo lo que pasa.

—Un buen escritor siempre te hace sentir de esa forma —dijo la señora Phelps—. Y no te preocupes por las cosas que no entiendas. Deja que te envuelvan las palabras, como la música.

—Sí, sí.

—¿Sabías —le preguntó la señora Phelps— que las bibliotecas públicas

como ésta te permiten llevar libros prestados a casa?

—No lo sabía —dijo Matilda—. ¿Podría hacerlo?

—Naturalmente —dijo la señora Phelps—. Cuando hayas elegido el libro que quieras, tráemelo para que yo tome nota y es tuyo durante dos semanas. Si lo deseas, puedes llevarte más de uno.

A partir de entonces, Matilda sólo iba a la biblioteca una vez por semana, para sacar nuevos libros y devolver los anteriores. Su pequeño dormitorio lo convirtió en sala de lectura y allí se sentaba y leía la mayoría de las tardes, a menudo con un tazón de chocolate caliente al lado. No era lo bastante alta para llegar a los cacharros de la cocina, pero colocaba una caja que había en una dependencia exterior de la casa y se subía en ella para llegar a donde deseaba. La mayoría de las veces preparaba chocolate caliente, calentando la leche en un cazo en el hornillo, antes de añadirle el chocolate. De vez en cuando preparaba Bovril y Ovaltina. Resultaba agradable llevarse una bebida caliente consigo y tenerla al lado mientras se pasaba las tardes leyendo en su tranquila habitación de la casa desierta. Los libros la transportaban a nuevos mundos y le mostraban personajes extraordinarios que vivían unas vidas excitantes. Navegó en tiempos pasados con Joseph Conrad. Fue a África con Ernest Hemingway y a la India con Rudyard Kipling. Viajó por todo el mundo, sin moverse de su pequeña habitación de aquel pueblecito inglés.

EL SEÑOR WORMWOOD, EXPERTO VENDEDOR DE COCHES

Los padres de Matilda poseían una casa bastante bonita, con tres dormitorios en la planta superior, mientras que la inferior constaba de comedor, sala de estar y cocina. Su padre era vendedor de coches de segunda mano y, al parecer, le iba muy bien.

—El serrín es uno de los grandes secretos de mi éxito —dijo un día, orgullosamente—. Y no me cuesta nada. Lo consigo gratis en las serrerías.

—¿Y para qué lo usas? —le preguntó Matilda.

—Te gustaría saberlo, ¿eh? —dijo.

—No veo cómo te puede ayudar el serrín a vender coches de segunda mano, papá.

—Eso es porque tú eres una majadera ignorante —afirmó su padre.

Su forma de expresarse no era muy delicada, pero Matilda ya estaba acostumbrada. Sabía también que a él le gustaba presumir y ella le incitaba

descaradamente.

—Tienes que ser muy inteligente para encontrarle aplicación a algo que no vale nada —comentó—. A mí me encantaría poder hacerlo.

—Tú no podrías —replicó su padre—. Eres demasiado estúpida. Pero no me importa contárselo a Mike, ya que algún día estará en el negocio conmigo —despreciando a Matilda se volvió a su hijo y dijo—. Procuro comprar un coche de algún imbécil que ha utilizado tan mal la caja de cambios que las marchas están desgastadas y suena como una carraca. Lo consigo barato. Luego, todo lo que tengo que hacer es mezclar una buena cantidad de serrín con el aceite de la caja de cambios y va tan suave como la seda.

—¿Cuánto tarda en volver a empezar a rechinar? —preguntó Matilda.

—Lo suficiente para que el comprador esté bastante lejos —dijo su padre sonriendo—. Unas cien millas.

—Pero eso no es honrado, papá —dijo Matilda—. Eso es un engaño.

—Nadie se hace rico siendo honrado —dijo el padre—. Los clientes están para que los engañen.

El señor Wormwood era un hombrecillo de rostro malhumorado, cuyos dientes superiores sobresalían por debajo de un bigotillo de aspecto lastimoso. Le gustaba llevar chaquetas de grandes cuadros, de alegre colorido y corbatas normalmente amarillas o verde claro.

—Fíjate, por ejemplo, en el cuentakilómetros —prosiguió—. El que compra un coche de segunda mano lo primero que hace es comprobar los kilómetros que tiene. ¿No es cierto?

—Cierto —dijo el hijo.

—Pues bien, compro un cacharro con ciento cincuenta mil kilómetros. Lo compro barato. Pero con esos kilómetros no lo va a comprar nadie, ¿no? Ahora no puedes desmontar el cuentakilómetros, como hace diez años, y hacer retroceder los números. Los instalan de forma que resulta imposible amañarlos, a menos que seas un buen relojero o algo así. ¿Qué hacer entonces? Yo uso el cerebro, muchacho, eso es lo que hago.

—¿Cómo? —preguntó el joven Michael, fascinado. Parecía haber heredado la afición de su padre por los engaños.

—Me pongo a pensar y me pregunto cómo podría transformar un cuentakilómetros que marca ciento cincuenta mil kilómetros en uno que sólo marque diez mil, sin estropearlo. Bueno, lo conseguirías si haces andar el coche hacia atrás durante mucho tiempo. Los números irían hacia atrás, ¿no? Pero ¿quién va a conducir un maldito coche marcha atrás durante miles y

miles de kilómetros? ¡No hay forma de hacerlo!

—¡Por supuesto que no! —dijo el joven Michael.

—Así que me estrujé el cerebro —siguió el padre—. Yo uso el cerebro. Cuando tienes un cerebro brillante tienes que usarlo. Y, de repente, me llegó la solución. Te aseguro que me sentí igual que debió de sentirse ese tipo tan famoso que descubrió la penicilina. «¡Eureka!», grité. «¡Lo conseguí!»

—¿Qué hiciste, papá?

—Del cuentakilómetros —explicó el señor Wormwood— sale un cable que va conectado a una de las ruedas delanteras. Primero, desconecté el cable en el lugar donde se acopla la rueda. Luego, me compré una taladradora eléctrica de gran velocidad y la conecté al extremo del cable, de tal forma que, cuando gira, hace girar el cable al revés. ¿Me sigues? ¿Lo comprendes?

—Sí, papá —dijo el joven Michael.

—Esas taladradoras giran a una velocidad enorme —dijo el padre—, así que cuando conecto la taladradora, los números del cuentakilómetros retroceden a toda velocidad. En pocos minutos puedo rebajar cincuenta mil kilómetros del cuentakilómetros con mi taladradora eléctrica de gran velocidad. Y, cuando termino, el coche sólo ha hecho diez mil kilómetros y está listo para su venta. «Está casi nuevo», le digo al cliente. «Apenas ha hecho diez mil. Pertenecía a una señora mayor que sólo lo utilizaba una vez a la semana para ir de compras».

—¿De verdad puedes hacer que el cuentakilómetros vaya hacia atrás con una taladradora eléctrica? —preguntó Michael.

—Te estoy contando secretos del negocio —dijo el padre—, así que no vayas a decírselo a nadie. No querrás verme en chirona, ¿no?

—No se lo diré a nadie —dijo el niño—. ¿Le haces eso a muchos coches, papá?

—Todo coche que pasa por mis manos recibe el tratamiento —dijo el padre—. Antes de ofrecerlos a la venta, todos ven reducido su kilometraje por debajo de diez mil. ¡Y pensar que lo he inventado yo...! —añadió orgullosamente—. Me ha hecho ganar una fortuna.

Matilda, que había escuchado atentamente, dijo:

—Pero papá, eso es aún peor que lo del serrín. Es repugnante. Estás engañando a gente que confía en ti.

—Si no te gusta, no comas entonces la comida de esta casa —dijo el padre—. Se compra con las ganancias.

—Es dinero sucio —dijo Matilda—. Lo odio.

Dos manchas rojas aparecieron en las mejillas del padre.

—¿Quién demonios te crees que eres? —gritó—. ¿El arzobispo de Canterbury o alguien así, echándome un sermón sobre honradez? ¡Tú no eres más que una ignorante mequetrefe que no tiene ni la más mínima idea de lo que dice!

—Bien dicho, Harry —dijo la madre. Y a Matilda—. Eres una descarada por hablarle así a tu padre. Ahora, mantén cerrada tu desagradable boca para que podamos ver tranquilos este programa.

Estaban en la sala de estar, frente a la televisión, con la bandeja de la cena sobre las rodillas. La cena consistía en una de esas comidas preparadas que anuncian en televisión, en bandejas de aluminio flexible, con compartimentos separados para la carne guisada, las patatas hervidas y los guisantes. La señora Wormwood comía con los ojos pendientes del serial americano de la pequeña pantalla. Era una mujerona con el pelo teñido de rubio platino, excepto en las raíces cercanas al cuero cabelludo, donde era de color castaño parduzco. Iba muy maquillada y tenía uno de esos tipos abotargados y poco agraciados en los que la carne parece estar atada alrededor del cuerpo para evitar que se caiga.

—Mami —dijo Matilda—, ¿te importa que me tome la cena en el comedor y así poder leer mi libro?

El padre levantó la vista bruscamente.

—¡Me importa a mí! —dijo acaloradamente—. ¡La cena es una reunión familiar y nadie se levanta de la mesa antes de terminar!

—Pero nosotros no estamos sentados a la mesa —dijo Matilda—. No lo hacemos nunca. Siempre cenamos aquí, viendo la tele.

—¿Se puede saber qué hay de malo en ver la televisión? —preguntó el padre.

Su voz se había tornado de repente tranquila y peligrosa.

Matilda no se atrevió a responderle y permaneció callada. Sintió que le invadía la cólera. Sabía que no era bueno aborrecer de aquella forma a sus padres, pero le costaba trabajo no hacerlo. Lo que había leído le había mostrado un aspecto de la vida que ellos ni siquiera vislumbraban. Si por lo menos hubieran leído algo de Dickens o de Kipling, sabrían que la vida era algo más que engañar a la gente y ver la televisión.

Otra cosa. Le molestaba que la llamaran constantemente ignorante y estúpida, cuando sabía que no lo era. La cólera que sentía fue creciendo más y